

BENITO PÉREZ GALDÓS. *Correspondencia*. Edición, Introducción y notas de Alan E. Smith, María Ángeles Rodríguez Sánchez y Laurie Lomask. Madrid: Cátedra, 2016. 1179 pp.

*Mercedes López-Baralt, Ph. D.
Profesora Emérita
Universidad de Puerto Rico
Correo electrónico: mercedeslopezbaralt@gmail.com*

Volver a los clásicos es regresar al futuro. En el caso de Benito Pérez Galdós, se trata del novelista que reviviendo el legado de Cervantes y recogiendo la antorcha de la compasión de Victor Hugo, aportó al realismo decimonónico no solo su imaginación mitológica, estudiada por Alan E. Smith, sino un humor tierno que lo hizo amar a sus personajes; humor muy distante del didacticismo cruel de la sátira. Su solidaridad lo hermana con Dostoiesvki, que creó al asesino más compasivo de la literatura occidental: Rashkolnikov. Y anticipa a otros autores, que también la esgrimen como eje de sus obras: César Vallejo, José María Arguedas, Mario Benedetti, Gabriel García Márquez.

Este extraordinario volumen de la correspondencia completa de Galdós me hace pensar en los debates en torno a la presencia de un escritor en su propia obra, que tuvieron un momento álgido en la década del sesenta. Wayne Booth proponía en *The Rhetoric of Fiction* (1961) la noción del autor implícito: la imagen textual que nos hacemos de un escritor al leerlo, y que no necesariamente coincide con la voz del narrador. Por otra parte, con la sentencia de Roland Barthes de “La muerte del autor” (1967), eco del aserto nietzschiano sobre la defunción de Dios, la deificación del escritor dio paso a la del texto como ente autosuficiente, al parecer intocable por sus contextos. La metáfora de Barthes tiene su punto, al poner el acento en el texto literario, que es lo que nos debe interesar. Pero la noción de Booth también sigue siendo muy útil, porque el autor siempre está presente en su obra. Algunos más que otros: es el caso de Proust, de Miguel Hernández, de Julia de Burgos y del mismo Galdós. Traigo esto a colación, porque la biografía literaria, cuya bandera esgrime en el mundo hispánico el gran

Ian Gibson, sigue viva y coleando, y el epistolario de los escritores, una suerte de autobiografía involuntaria, también. La razón es muy sencilla: iluminan la obra literaria. En cuanto a las cartas, Jean François Botrel va más lejos, cuando dice en una reseña reciente que el epistolario que nos ocupa lo podemos leer como una obra más del novelista canario.

Esta esmerada edición –sueño cumplido para el poeta y distinguido galdosista Alan Smith, que la concibió hace más de una década– viene a compensar el laconismo de nuestro autor en cuanto a su propia vida. Porque Galdós fue un hombre muy privado, que se encargó de desinformar burlescamente al lector en sus *Memorias de un desmemoriado*.

Los tres hispanistas que editan el ambicioso volumen de más de mil cartas lo estructuran así: una breve pero reveladora Introducción, las cartas en orden cronológico, las cartas sin fecha, notas a la introducción, notas a las cartas (de referencias y variantes) y dos índices: Lista de destinatarios con las páginas en que aparecen las cartas correspondientes y Diccionario-Índice de nombres y títulos. Demás está decir que el aparato erudito resulta utilísimo.

Todo lector tiene lo suyo de *voyeur*, y las cartas de Galdós constituyen una verdadera delicia para asomarnos a su vida, a su psique y a su obra. Con la necesaria dosis de culpabilidad, cuando se trata de las abundantes cartas íntimas a sus amantes, Concepción Morell Nicolau, Lorenza Cobián, Conchita Catalá y Teodosia Gandarias (una lástima grande la desaparición de sus cartas a Emilia Pardo Bazán; en este volumen hay una sola, de 1883, y de pura amistad profesional). Pero los destinatarios del epistolario son muy diversos, y van más allá de los amores galdosianos: desde amigos y profesionales, hasta su hermana Concha y su hija María Pérez Galdós Cobián. Abundan intelectuales y escritores: Leopodo Alas (Clarín), Ramón de Mesonero Romanos, José María Pereda, Narciso Oller, Miguel de Unamuno, Joaquín Costa, Marcelino Menéndez y Pelayo, Alberto Ghirardo, Ramón Pérez de Ayala, José Alcalá Galiano, el peruano Ricardo Palma y hasta Rubén Darío; también hay teatreros (María Guerrero, Eduardo Marquina, los hermanos Álvarez Quintero), políticos (Antonio Maura, Fernando León y Castillo) y el pintor Joaquín Sorolla, autor del magnífico retrato de Galdós, hoy emblemático. Sin olvidar a su amigo y médico de cabecera, Manuel Tolosa Latour.

Dicen los editores en su Introducción que Galdós, en relación a su epistolario, se debatía entre dos ideas contrarias: no publicar sus cartas

íntimas (“Las cartas de amor no se enseñan”, le decía a Concha Morell, a la vez que le pedía que las rompiese) y publicar el resto de ellas (a Ramón Pérez de Ayala le dice en 1914 que quiere saber cómo anda el proyectado libro de Censo de sus obras, “y los no menos interesantes del Epistolario”).

Valió la pena que los editores contradijeran y a la vez complacieran a Galdós en un libro que constituye la primera edición de su epistolario general. *Nunca es tarde si la dicha es buena*: cito el antiguo refrán, porque aunque este volumen se publica a los 96 años de su muerte, será más que bienvenido no solo por el curioso lector, que se solazará auscultando el alma de uno de los más grandes novelistas de Europa, sino por los galdosistas, agradecidos por este instrumento imprescindible de trabajo. Al leerlo, la que escribe estas líneas no solo entiende mejor novelas como *Fortunata y Jacinta* y *Tristana*, sino que reafirma la propuesta de su ensayo en el libro-homenaje *Studies in Honor of Vernon Chamberlin* (2011), “Galdós, personaje galdosiano”. Porque en sus cartas el novelista canario no solo nos revela al escritor febril y al lector que se emociona con las *Tradiciones peruanas* de Ricardo Palma, celebra a Rubén Darío y mantiene un interminable diálogo de solidaridad ejemplar con dos novelistas coetáneos, a la vez amigos leales: José María Pereda y Leopoldo Alas. También encarna sus propios personajes: desde el amante apasionado y celoso, el hijo que hace lo que su familia manda, el tutor que controla a sus dependientes (ya sean familiares o amantes), el que perdió la vista, el amigo de sus amigos y el agnóstico que sin saberlo busca a Dios en el amor (en una carta a Teodosia Gandarias, citada en la Introducción, don Benito afirma: “Yo voy creyendo que Dios es el Amor, y que Amor es la Atracción Universal, Amor todas las leyes que regulan la vida física como la espiritual”). Es decir, que Galdós se plasma en personajes como don Lope, Juanito Santa Cruz, doña Lupe, Marianela, Nina y su moro Almudena... Y Feijóo, que en sus postrimerías de “filósofo práctico”, y tras ayudar a Fortunata a sobrevivir, admite: “Yo creo en Dios y tengo acá mi religión a mi manera”. También late tras muchos de sus narradores, entre ellos el de *Tristana*, un lector voraz que se nutre del mito medieval de Tristán, del *Lazarillo*, de Cervantes, Calderón, Lope, Shakespeare, Tirso de Molina, José Zorrilla, Voltaire, Ibsen. No cabe duda de que el autor no ha muerto.